

REINO DE CORDELIA

REINO DE CORDELIA

Tratado sobre los Vampiros



Seguido de las
Reflexiones Críticas
del Padre Feijoo

Primera edición en REINO DE CORDELIA, marzo de 2009

Segunda edición, mayo de 2009

Tercera edición, enero de 2017

Título original: *Traité sur les apparitions des esprits, et sur les vampires,
ou les revenans de Hongrie, de Moravie, &c.*

[Edición basada en la publicada en París en 1751 por Debure el mayor]

Edita: Reino de Cordelia
www.reinodecordelia.es

Derechos exclusivos de esta edición en lengua española

© Reino de Cordelia, S.L.

Avd. Alberto Alcocer, 46 - 3º B

28016 Madrid

© De la traducción, Lorenzo Martín del Burgo, 1991, 2009

© Del prólogo, Luis Alberto de Cuenca y Prado, 2009

Ilustración de cubierta, © Toño Benavides, 2009

IBIC: GBC

ISBN: 978-84-16968-02-2

Depósito legal: P-xxxx-17

Diseño y maquetación: Jesús Egido

Corrección de pruebas: María Robledano

Imprime: Gráficas Zamart

Impreso de la Unión Europea

Printed in E. U.

Encuadernación: Felipe Méndez

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Tratado sobre los Vampiros



Augustin Calmet

Traducción de Lorenzo Martín del Burgo

Seguido de las

Reflexiones Críticas
del Padre Feijoo

Prólogo de Luis Alberto de Cuenca



Índice



Los vampiros y el padre Calmet, POR LUIS ALBERTO DE CUENCA	15
Prefacio	27
Capítulo 1 La resurrección de un muerto es obra exclusivamente de Dios	31
Capítulo 2 Resurrección de gentes que no estaban verdaderamente muertas	35
Capítulo 3 Resurrección de un hombre enterrado hacía tres años, resucitado por san Estanislao	37
Capítulo 4 Un hombre realmente muerto ¿puede aparecerse con su propio cuerpo?	41
Capítulo 5 Resurrección o aparición de una muchacha muerta hacía algunos meses	45
Capítulo 6 Mujer sacada viva de la tumba	49
Capítulo 7 Llegamos ahora al examen del hecho de los revinientes o vampiros de Moravia	51
Capítulo 8 Muertos de Hungría que chupan la sangre de los vivos	55
Capítulo 9 Historia de un vampiro, sacada de las <i>Cartas judías</i> , carta 137	57
Capítulo 10 Otros ejemplos de revinientes. Continuación del <i>Espigador</i>	59
Capítulo 11 Razonamientos del autor de las <i>Cartas judías</i> sobre los revinientes	63



Capítulo 12	Continuación del razonamiento del <i>Espigador</i> holandés	69
Capítulo 13	Narración extraída del <i>Mercurio galante</i> de 1693 y 1694 sobre los revinientes	73
Capítulo 14	Conjeturas del <i>Espigador</i> de Holanda de 1733, nº IX	75
Capítulo 15	Otra carta sobre los revinientes	79
Capítulo 16	Pretendidos vestigios del vampirismo en la antigüedad	83
Capítulo 17	Revinientes en los países septentrionales	89
Capítulo 18	Revinientes en Inglaterra	91
Capítulo 19	Revinientes del Perú	93
Capítulo 20	Revinientes en Laponia	95
Capítulo 21	Retorno de un hombre muerto hacía unos meses	97
Capítulo 22	Excomulgados que salen de las iglesias	103
Capítulo 23	Otros ejemplos de excomulgados expulsados del seno de la Tierra Santa	107
Capítulo 24	Ejemplo de un mártir excomulgado expulsado del seno de la tierra	109
Capítulo 25	Hombre expulsado fuera de la iglesia, por haber rehusado pagar el diezmo	III

Capítulo 26	Ejemplos de personas que han dado signos de vida después de muertos, y que se han retirado por respeto para dejar sitio a otros más dignos	113
Capítulo 27	Gentes que van en peregrinación después de muertos	117
Capítulo 28	Razonamientos sobre los excomulgados que salen de las iglesias	119
Capítulo 29	¿Se descomponen los excomulgados en la tierra?	123
Capítulo 30	Ejemplos que muestran que los excomulgados no se descomponen, y que se aparecen a los vivos	125
Capítulo 31	Ejemplo de los retornos de los excomulgados	127
Capítulo 32	Brucolaco exhumado en presencia del señor de Tournefort	131
Capítulo 33	¿Puede el demonio causar la muerte y después devolverle la vida al muerto?	137
Capítulo 34	Examen de la opinión que pretende que el demonio pueda devolverle el movimiento a un cuerpo muerto	141
Capítulo 35	Ejemplos de fantasmas que se han aparecido vivos y que han dado diversas señales de vida	145
Capítulo 36	Conjuro para causar la muerte practicado por los paganos	149
Capítulo 37	Ejemplos de conjuros entre los cristianos	153
Capítulo 38	Ejemplos de personas que se prometieron darse noticias del otro mundo después de la muerte	159
Capítulo 39	Extracto de las <i>Obras políticas</i> del señor abad de Saint-Pierre, tomo 4, página 57	165
Capítulo 40	Diversos sistemas para explicar el retorno de los revinientes	173

Capítulo 41	Diversos ejemplos de personas enterradas todavía con vida	177
Capítulo 42	Ejemplos de personas ahogadas que han vuelto sanas	181
Capítulo 43	Ejemplos de mujeres dadas por muertas, que luego han vuelto	185
Capítulo 44	¿Se pueden aplicar estos ejemplos a los revinientes de Hungría?	189
Capítulo 45	Muertos que en la tumba mastican como los cerdos y que devoran su propia carne	191
Capítulo 46	Singular ejemplo de un reviniente de Hungría	195
Capítulo 47	Razonamiento sobre esta materia	197
Capítulo 48	Los vampiros o revinientes ¿están verdaderamente muertos?	199
Capítulo 49	Ejemplo de un tal Curma devuelto al mundo	209
Capítulo 50	Ejemplos de personas que se extasían a voluntad y que permanecen sin ninguna sensación	215
Capítulo 51	Aplicación de estos ejemplos a los vampiros	219
Capítulo 52	Examen de la opinión que pretende que el demonio fascine los ojos de aquellos a los que se aparecen los vampiros	225
Capítulo 53	Ejemplos de resucitados que cuentan lo que han visto en la otra vida	229
Capítulo 54	Las tradiciones de los paganos sobre la otra vida provienen de los hebreos y de los egipcios	233
Capítulo 55	Ejemplos de cristianos resucitados y devueltos al mundo. Visión de Vetino, monje de Augie	237
Capítulo 56	Visión de Bertoldo transmitida por Hincmar, arzobispo de Reims	241
Capítulo 57	Visión de san Fursí	243



Capítulo 58	Visión de un protestante de York y otras visiones	245
Capítulo 59	Conclusión de esta disertación	251
Capítulo 60	Imposibilidad moral de que los revinientes salgan de las tumbas	255
Capítulo 61	Lo que se cuenta de los cuerpos de los excomulgados que salen de la iglesia está sujeto a grandísimas dificultades	259
Capítulo 62	Notas sobre la disertación concerniente al espíritu aparecido en Saint Maur des Fossés	267
Capítulo 63	Disertación de un anónimo sobre lo que se debe pensar de la aparición de los espíritus, con ocasión de lo sucedido en Saint Maur en 1706	277
	Reflexiones críticas del padre Feijoo	301



Sanguina de Francisco de Goya, preparatoria para el *Capricho* número 72.

Los vampiros y el padre Calmet

por LUIS ALBERTO DE CUENCA

EN SU ACEPCIÓN MÁS SENCILLA, el vampirismo es la práctica de la succión de sangre humana sobre persona viva, llevada a cabo con diversas finalidades, en ocasiones de índole religiosa. La literatura, sin embargo, ha popularizado un tipo muy concreto de vampiro, desde el descrito por John William Polidori, médico personal de Lord Byron, en su relato *El vampiro* (1819), pasando por la mujer vampira creada por Sheridan Le Fanu en *Carmilla* (1871), hasta llegar a la célebre y magistral novela *Drácula*, del irlandés Bram Stoker, que tanto éxito ha tenido desde que se publicara por primera vez en 1897, y que ha sido llevada al cine por directores tan prestigiosos como Tod Browning (1931, con el inolvidable Bela Lugosi en el papel de *Drácula*) y Terence Fisher (1958, con un espléndido Christopher Lee como protagonista). La novela de Stoker trata de un conde vampiro que conserva *ad aeternum* en su castillo de Transilvania una vida solo aparente, ya que sus funciones de nutrición y desarrollo están suspendidas, siendo su única fuente de alimentación y energía la sangre que succiona de la yugular de sus víctimas, a las que no mata en seguida, sino que va llevándolas poco a poco a la muerte por extenuación. Y todo esto ocurre en el Londres fantasmagórico de finales del siglo XIX en la época de Jack el Destripador. Allí se ha trasladado el diabólico aristócrata transilvano desde sus lares patrios en busca de nuevas emociones que mitiguen su aburrimiento inmortal.



Cartel de la primera representación de *Drácula* y cubierta de la primera edición en rústica de la novela (1901).

El vampirismo reflejado en el texto de Stoker lleva aparejada la función de proselitismo, toda vez que el vampiro actúa solamente sobre aquellas víctimas que despiertan en él una cierta simpatía y que, al mismo tiempo, experimentan una cierta atracción por él, algo así como ocurre, por ejemplo, con el adicto a las drogas que busca compañero de vicio en alguien pre-dispuesto a los fármacos. Como la acción crea el órgano, en la iconografía derivada del *Drácula* de Stoker el vampiro, además de tener las palmas de las manos repletas de vello, posee dos enormes colmillos de particular conformación que absorben la sangre de la víctima en una especie de beso-mordisco de efectos voluptuosos y adormecedores. No resulta gratuito, en materia de vampirismo, evocar la figura del Dr. Freud, sobre todo cuando las cosas adquieren estos tonos oníricos y escabrosos; por otra parte, Freud y Stoker fueron contemporáneos.

Otra catalogación del vampiro real e histórico comprende aquellos hombres o mujeres a quienes les complace la sangre humana, ya porque la consideren manjar imprescindible para su propia existencia, ya porque un brujo o curandero se la haya prescrito para la cura de ciertas dolencias que con su consumo remitirían, o para la conservación de una vida efímera que solo puede perdurar con la aportación continua de sangre joven y vigorosa.

Pero dejémosnos de definiciones acerca de temas tan morbosos y viajemos con la imaginación al siglo XVIII. En 1749, el abad de Sénones, en Lorena, daba a las prensas sendas disertaciones sobre apariciones de espíritus y sobre los vampiros o *revenans* (*sic*, sin la *t* final; es decir, «revinientes» o «redivivos») de Hungría, de Moravia, etc. El abad de Sénones era un sabio benedictino llamado Dom Augustin Calmet. Había nacido en Mesnil-la-Horgne, cerca de Commercy (Lorena), en 1672. Moriría en París en 1757.

Entre sus numerosas obras se cuentan un *Comentario sobre el Antiguo y Nuevo Testamentos* (París, 1707-1716, veintitrés volúmenes) que luego resumió en su *Tesoro de las antigüedades sagradas* (1722), un Diccionario crítico e histórico de la Biblia (cuatro gruesos volúmenes en folio), una monumental *Historia universal sagrada y profana* (Estrasburgo, 1735-1771; los últimos volúmenes aparecieron póstumamente) y un nutrido acervo de obras de erudición local referidas a la Lorena.

Este auténtico monstruo de la erudición bíblica corrigió y aumentó sus disertaciones sobre aparecidos y vampiros de 1749 dos años después, dando a la luz un *Traité sur les apparitions des esprits, et sur les vampires, ou les revenans de Hongrie, de Moravie, &c.* en dos tomos (París, *chez Debure*, 1751) que constituyen un verdadero festín de dioses para el buen bibliófilo y que ahora tengo sobre mi mesa. Cuando Dom Calmet redactó este primer manual de Vampirología —el segundo tomo, ofrecido en esta edición, es el que se ocupa propiamente del tema vampírico— quizá no fuera consciente de que estaba



iniciando, en pleno Siglo de las Luces, una corriente subterránea y oscura que amenazaba con prestigiarse mucho en años posteriores. La obsesión por lo sombrío, por lo nocturno, por lo irracional, por lo «gótico», alcanzaría pronto a la más rancia aristocracia británica: *The Castle of Otranto*, cuyas primeras copias salieron de los tórculos de Strawberry Hill en las Navidades de 1764, sería el primer fruto literario de esta nueva sensibilidad que tendría en su autor, Lord Walpole, y en sus sucesores Mrs. Radcliffe, Clara Reeve, M. G. Lewis, Beckford, Maturin y tantos otros, cultivadores literarios de excepción.

«La fuerza más importante del vampiro radica en que nadie cree que existe», solía repetir Van Helsing en la novela de Stoker. Calmet no afirma

ni niega nada, pero ofrece un sinfín de testimonios. Entre ellos, el del escritor francés Joseph Pitton de Tournefort, quien fue testigo de la gran epidemia vampírica que, entre los años 1700 y 1702, diezmo la población de Mícono, pequeña isla del archipiélago de las Cícladas, en el Egeo.

Empezaron a aparecer centenares de personas con pequeñas incisiones en el cuello y en las arterias de los brazos que daban de inmediato signos de agotamiento y que acababan por morir. Los afectados eran, indistintamente, hombres y mujeres jóvenes y niños de ambos sexos. Se utilizaron diferentes métodos curativos sugeridos por médicos y curanderos, pero solo una acción fue eficaz para terminar con tan extraña epidemia: grupos de aldeanos armados con estacas de fresno afiladas en una de sus puntas recorrieron todos los cementerios de la isla y abrieron todas las tumbas; aquellos cadáveres que no se hallaban en evidente descomposición o que presentaban un aspecto saludable fueron atravesados con las estacas de fresno a la altura del corazón. Como la epidemia de vampirismo desapareció a partir de entonces, se generó entre los nativos y entre quienes presenciaron los hechos un argumento de peso en favor de la existencia de los muertos vivientes que, por las noches, abandonan sus tumbas para, en forma de vampiros, ir a buscar entre los vivos la sangre que les es necesaria para prolongar su precaria existencia ultraterrena.

Los anales históricos de la Baja Hungría —sigue contando el inefable Dom Calmet— relatan otro curioso ejemplo de vampirismo. El 10 de septiembre de 1720 un grupo de ciudadanos de Krislova pidieron al comandante austriaco de la zona permiso para exhumar y destruir por el fuego el cadáver de Pedro Plogojowitz, quien varias semanas después de su muerte había sido visto en aquella ciudad lanzándose al cuello de varias personas para chuparles la sangre. Todas las personas que habían tenido el fatal encuentro habían muerto al día siguiente, dictaminando el médico «falta total de sangre». El comandante austriaco no quiso dar crédito a tan fantástico relato y denegó el permiso de exhumación. Pero tuvo que reconsiderar su decisión cuando la delegación de ciudadanos de Krislova volvió a visitarle informándole que otras nueve personas habían muerto durante los últimos días en las mismas extrañas circunstancias que las anteriores. Finalmente, el militar, prece-

dido por el párroco, fue al cementerio e hizo abrir la tumba en que estaba enterrado el tal Plogojowitz, quien apareció intacto, con un aspecto sonrosado y con la boca llena de sangre fresca. Se trataba, por tanto, de un vampiro, y como tal se procedió con él: se afiló una estaca de fresno y se le clavó entre las costillas hasta alcanzar el corazón, y luego se quemó el cadáver.

En el pueblo de Blow, en Bohemia, un vampiro dio muerte a mucha gente. Los campesinos abrieron la tumba del monstruo y le clavaron en tierra con un palo afilado. «Qué amables sois —dijo el vampiro— al proporcionarme un bastón con el que ahuyentar a los perros». Esa misma noche, se levantó y ahogó a cinco personas. Al día siguiente, fue entregado al verdugo, quien le atravesó varias veces con un hierro. Cuando era llevado a la hoguera en un carro, fue rugiendo todo el camino y moviendo desordenadamente los brazos y las piernas. Tras su ejecución, en 1706, el pueblo pudo vivir tranquilo. «Gracias a Dios —añade Dom Calmet— no somos crédulos como la gente sin cultivar. Pero debemos admitir, sin embargo, que la luz de la ciencia no ha sido capaz de iluminar con sus rayos un caso como éste».

Hasta aquí algunos casos de vampirismo expuestos por Calmet en su *Tratado*, cuya lectura es una auténtica delicia, como en seguida comprobarán. Quien lo leyó en su francés original, y muy poco después de que saliera de las prensas, fue Fray Benito Jerónimo Feijoo y Montenegro, un gallego de Casdemiro (Orense) que nació en 1676 y moriría en su convento de Oviedo en 1764, siendo, pues, casi estricto coetáneo del vampirólogo francés.

En España, el siglo XVIII es, sin duda, el siglo de Feijoo. Fray Benito creyó que se podía erradicar la superstición desde una celda conventual (era benedictino, como Calmet). Con el pretexto de desterrar los errores del vulgo, nos ofrece en su *Teatro crítico universal* y en sus *Cartas eruditas y curiosas* una nutrida serie de textos fantásticos.

Las raíces del *fantastique* hay que buscarlas en nuestro país en la novela llamada «cortesana» (por Agustín González de Amezúa en su discurso de ingreso en la Real Academia de la Lengua) del siglo XVII, cultivada por escritores como María de Zayas, Juan Pérez de Montalbán, Abad de Ayala, el propio Lope, Salas Barbadillo y otros, un género que era ya muy proclive a lo que entendemos modernamente por literatura fantástica. La

atmósfera de esas novelas, de tenso y denso realismo mágico, es la que recogerá en herencia más tarde el conde polaco Jan Potocki en *Manuscrito encontrado en Zaragoza* (admirablemente editado, por cierto, hace muy poco por François Rosset y Dominique Triaire: Lovaina, Peeters, 2006, y París, Flammarion, 2008). No deja de ser significativo el hecho de que en la primera mitad del siglo XVIII se reedite con profusión a autores como Calderón —el *mágico prodigioso* de nuestra escena barroca—, María de Zayas o Cristóbal Lozano (el fascinante colector de historias fantásticas que Entrambasaguas reeditó modernamente en la colección «Clásicos Castellanos»). Y la Edad Media, con sus brumas, sus amores lejanos y sus épicas espadas, también provee de imágenes fantásticas a la cultura occidental del XVIII. Un siglo en el que Tomás Antonio Sánchez dio a conocer textos hasta entonces desconocidos, como el *Cantar del Cid*, Berceo, el *Libro de buen amor* o el *Alexandre*, en su *Colección de poesías castellanas anteriores al siglo XV* (Madrid, 1779-1790). El siglo de los *Relics* de Percy en Inglaterra y del descubrimiento de los trovadores en Francia y Alemania. El siglo de Goethe, que empleó la expresión «perfume de los siglos» para aludir a aquello que le transmitía el hasta entonces vilipendiado Medioevo.

Volviendo a Feijoo, hay en su obra títulos como «Examen filosófico de un peregrino suceso de estos tiempos: el anfibio de Liérganes», «Astrología judiciaria y almanaques», «Duendes y espíritus familiares», «Vara divinatoria y zahoríes», «Milagros supuestos», «Piedra filosofal» y «Cuevas de Salamanca y Toledo, y mágica de España» (pertenecientes a *Teatro crítico universal*), y «Entierros prematuros», «De la transportación mágica del obispo de Jaén» y «El judío errante» (de *Cartas eruditas y curiosas*). Del mismo modo que el *Quijote* no es más que otra novela de caballerías, no la última, la prosa de Feijoo, presuntamente debeladora de la superstición, no es más que otro ejercicio fantástico, no el comienzo de un orden racional nuevo. Atentar contra algo es, tantísimas veces, una sutil manera de prolongarlo.

Interesante al respecto resulta la carta XX del tomo IV de las *Cartas eruditas y curiosas*, editado por vez primera en Madrid, en la oficina de Francisco del Hierro, en 1753 (manejo la edición de Madrid, Blas Román, 1781).

En esa vigésima carta del volumen IV de su epistolario erudito, Feijoo se refiere —que yo sepa, por única vez en toda su obra— al vampirismo.

Reza así el título de la carta: «Reflexiones críticas sobre las dos disertaciones que, en orden a apariciones de espíritus y los llamados vampiros, dio a luz poco ha el célebre benedictino y famoso expositor de la Biblia Don Agustín Calmet».

Evidentemente Feijoo tiene encima de la mesa la edición de 1749 arriba citada, puesto que la corregida y aumentada de 1751 se llama ya tratado, no disertación como hemos visto arriba. Parecía obligado que hablando de vampiros saliese a colación el inevitable Calmet, fuente de Feijoo en tantos temas y auténtico *alter ego* de su colega en la regla de San Benito.

Así que Feijoo leyó las disertaciones de Calmet de 1749 y se le ocurrió comentarlas en una de sus cartas. El *Traité* que tengo sobre la mesa (París, 1751) se reparte en dos tomos, y cada uno de ellos constituye una parte bien diferenciada de la obra. Concierne la primera a las apariciones de ángeles, demonios y otros espíritus, mientras que la segunda, que es la que aquí nos interesa, se ocupa de esos *revenans* a los que aludíamos arriba, en cuyo número se alinean tres categorías de —llamémoslos así— individuos: los vampiros, los brucolacos y los excomulgados por los obispos de la iglesia ortodoxa griega.

Hasta el párrafo 28 de su carta (página 320 de la edición de 1781 que tengo a la vista) no se topa Feijoo con tan singulares caballeros: «Con mucha razón advierte el Padre Calmet en el prólogo de su disertación sobre los vampiros y brucolacos que en ellos se descubre una nueva escena incógnita a toda la Antigüedad, pues ninguna historia nos presenta cosa semejante en todos los siglos pasados». Lo que confirma la modernidad del tema del vampirismo (si exceptuamos algún pasaje de los *Mirabilia* de Flegón de Tralles editados por Otto Keller: Leipzig, Teubner, 1877) y la responsabilidad de Calmet en su gestación y desarrollo.



Carta xx en la que el padre Feijoo reflexiona críticamente sobre el *Tratado* de Calmet, editada por primera vez en Madrid en 1753.

Desde 1981 poseemos una maravillosa (por seguir con los *mirabilia*) bibliografía de y sobre Feijoo, publicada por el Centro de Estudios del Siglo XVIII de Oviedo, y obra de dos beneméritos dieciochistas españoles: el llorado profesor José Miguel Caso González, infatigable editor de Jovellanos en la misma serie, y el sacerdote Silverio Cerra Suárez. Pues bien, en las casi cuatrocientas apretadas páginas de tan ilustrado volumen no he creído ver, salvo error, alusión alguna a esta carta vigésima del tomo IV de las *Cartas eruditas y curiosas* ni a su contenido. Y no es Feijoo precisamente un escritor desasistido por la crítica, porque no faltan los estudios sobre su vida y obra, aunque sigamos sin contar con una edición moderna completa y fiable de su producción literaria.

Tras hablar de los vampiros como «muertos a medias», cuyas resurrecciones siempre son *in ordine ad malum* y a quienes se elimina por el conocido procedimiento de atravesarles el corazón con una estaca de madera cuando descansan en su tumba, Feijoo recapitula: «Acaso V. md., al pasar los ojos por todo lo que llevo escrito de los vampiros, imaginará estar leyendo un sueño, o un complejo de varios sueños; o que los que de aquellos países ministraron estas noticias serían unos hombres ebrios que tenían trastornado el seso con los vinos de Hungría y de la Grecia. Porque, ¿quién no ve que en esos cuentos de vampiros se envuelven tres imposibles? El primero, mantenerse el vampiro vivo en el sepulcro no solo muchos días, sino muchos meses: de uno u otro se dice que pereció después de algunos años. Segundo imposible, salir del sepulcro sin apartar la losa ni remover la tierra, lo cual parece no puede hacerse sin verdadera penetración del cuerpo del vampiro con el interpuesto de la tierra y la piedra. Tercero de la misma especie, el regreso del vampiro al sepulcro, que tampoco puede ser sin penetración por intervenir el mismo estorbo» (edición de 1781, página 324).

Cuenta luego Feijoo la historia del brucolaco de Mícono referida por Pitton de Tournefort y recogida por Calmet, copia las distinciones que entre vampiros, brucolacos y excomulgados ortodoxos traza el benedictino francés, y pasa, ya al final de su carta, a formular su opinión personal acerca del asunto. Salta a la vista que el padre Calmet no desconfía de la posibilidad de que los vampiros existan, y hasta se diría que le parece excitante el

hecho de que puedan existir. Para el racionalista Feijoo, sin embargo, siempre más enconado que el francés con todo aquello que suponga superstición o disparate, el acervo de historias vampíricas que se narran en Hungría, Moravia, Silesia, Polonia, Grecia y las islas del Egeo no son más que burdas patrañas para consumo de ignorantes. El vampirismo, para el fraile gallego, no es solo efecto de la ilusión, sino también del engaño. Ello conduce a Feijoo a considerar el hecho de la mentira social con no poca profundidad en unos luminosos párrafos de su carta que no tienen desperdicio: «Ya en otras partes he advertido que, siendo tan común la inclinación de los hombres a la mentira que dio motivo al santo rey David para proferir la sentencia de que todo hombre es mentiroso, *omnis homo mendax*, esa inclinación es mucho más fuerte respecto de aquellas mentiras en que se fingen cosas prodigiosas y preternaturales, porque hay en esas narraciones cierto deleite que incita a la ficción más que en las comunes y regulares. Aun sujetos que en éstas son bastantemente veraces, ya por el placer de ser oídos de los circunstantes con una especie de admiración y asombro, ya por la vanidad de que en alguna manera los particulariza y eleva sobre los demás haberlos el Cielo escogido para testigos de cosas que están fuera del curso regular de la naturaleza, caen en la tentación de mentir en éstas, aunque veraces en las de la clase común y trivial» (*ibidem*, páginas 333-334).

Y Fray Benito concluye, haciendo gala de un recio y estupendo humor hispánico: «Entre estos aterrados con esas vanas imaginaciones, habrá algunos a quienes el continuo pavor vaya debilitando y consumiendo hasta hacerlos enfermar y morir, y éstos serán aquellos de quienes se dice que los vampiros les chupan la sangre. Tal vez el vampiro que se sienta a la mesa donde hay convite será un tunante que, sabiendo las simplezas de aquella gente, en el arbitrio de fingirse vampiro halla un medio admirable para meter gorra» (*ibidem*, página 335).

En sus últimas consideraciones, Feijoo compara el caso del vampirismo al de la brujería y hechicería de los siglos anteriores, en los que todo el mundo veía un hechicero en su vecino y una bruja en aquella mujer que despertaba su deseo. En eso, como en tantas cosas, muestra Feijoo su mejor máscara progresista, lo que no deja de tener valor en una España como la

que le tocó vivir. Lástima, sin embargo, que la ignorancia del entorno radicalizara su rechazo del mito fantástico inaugurado por Dom Augustin Calmet en su *Traité* de 1751, uno de los mitos que hoy, en nuestro siglo XXI, goza de mejor salud literaria y mayor atractivo popular: el vampirismo.

LUIS ALBERTO DE CUENCA
Instituto de Lenguas y Culturas del Mediterráneo
y Oriente Próximo (CSIC)

Tratado sobre los Vampiros



Augustin Calmet



Dibujo a pluma de Goya
titulado *Bruja maestra
dando lecciones
a su discípula
del primer vuelo.*

Suño.
Brujas maestra dando lecciones a su discípula del primer vuelo.

Prefacio

CADA SIGLO, CADA NACIÓN, cada país tiene sus prevenciones, sus enfermedades, sus modas, sus inclinaciones que los caracterizan, y que pasan y se suceden las unas a las otras; a menudo lo que ha parecido admirable en un tiempo, se convierte en lamentable y ridículo en otro. Se han visto siglos en los que todo giraba en torno de ciertas devociones, ciertos géneros de estudios, ciertos ejercicios. Se sabe que durante más de un siglo el gusto dominante en Europa era el viaje a Jerusalén. Reyes, príncipes, señores, obispos, eclesiásticos, religiosos, todos en masa allí acudían. Los peregrinajes a Roma han sido muy frecuentes y muy famosos en otro tiempo. Todo esto ha pasado. Se han visto provincias inundadas de flagelantes, y de ello no han sobrevivido más que las cofradías de penitentes que subsisten en algunos lugares.

Nosotros hemos visto en estas regiones saltarines y danzantes, que a cada instante saltaban y danzaban en las calles, en las plazas y hasta en las iglesias. Los convulsionarios de nuestros días parecen haberlos hecho revivir: la posteridad se sorprenderá, como nosotros nos burlamos hoy. Al fin del siglo XVI y al comienzo del XVII no se hablaba en Lorena más que de brujos y de brujas. Desde hace mucho tiempo ya no se hace cuestión de ello. Cuando la filosofía del señor Descartes apareció, ¿qué boga no tuvo? Se despreciaba la antigua filosofía; no se hablaba más que de experiencias físicas, de nuevos sistemas, de nuevos descubrimientos. Acaba de aparecer el señor

Newton: todos los espíritus se han vuelto de su lado. El sistema del señor Law, los billetes de banco, los furiosos de la calle Quinquampoix, ¿qué movimientos no han causado en el reino? Una especie de convulsión se había apoderado de los franceses.

En este siglo, desde hace alrededor de unos sesenta años, una nueva escena se ofrece a nuestra vida en Hungría, Moravia, Silesia, Polonia: se ve, dicen, a hombres muertos desde hace varios meses, que vuelven, hablan, marchan, infestan los pueblos, maltratan a los hombres y los animales, chupan la sangre de sus prójimos, los enferman, y, en fin, les causan la muerte: de suerte que no se pueden librar de sus peligrosas visitas y de sus infestaciones, más que exhumándolos, empalándolos, cortándoles la cabeza, arrancándoles el corazón o quemándolos. Se da a estos revinientes el nombre de upiros o vampiros, es decir, sanguijuelas, y se cuentan de ellos particularidades tan singulares, tan detalladas y revestidas de circunstancias tan probables, y de informaciones tan jurídicas, que uno no puede casi rehusarse a la creencia que tienen en esos países, de que los revinientes parecen realmente salir de sus tumbas y producir los efectos que se les atribuyen.

La antigüedad ciertamente no ha visto ni conocido nada semejante. Por mucho que se recorran las historias de los hebreos, egipcios, griegos y latinos, no se encontrará en ellas nada que se le aproxime.

Es cierto que se observa en la historia, aunque raramente, que algunas personas, después de haber estado durante algún tiempo en la tumba y tenidas por muertas, han vuelto a la vida. Se verá, incluso, que los antiguos han creído que la magia podía dar la muerte y evocar las almas de los difuntos. Se citan algunos pasajes que prueban que en algunos tiempos se ha imaginado que los brujos chupaban la sangre de los hombres y de los niños, haciéndolos morir. Se ve también en el siglo XII en Inglaterra y en Dinamarca algunos revinientes semejantes a los de Hungría. Pero en ninguna historia se lee nada tan común ni tan marcado como lo que se nos cuenta de los vampiros de Polonia, de Hungría y de Moravia.

La antigüedad cristiana suministra algunos ejemplos de personas excomulgadas, que han salido manifiestamente y a la vista de todo el mundo de sus tumbas y de las iglesias, cuando el diácono ordenaba retirarse a los



Sanguina de Goya para la lámina 72 de «Los Desastres».

excomulgados y a los que no comulgaban con los santos misterios. Desde hace varios siglos no se ha vuelto a ver nada semejante, aunque no se ignora que los cuerpos de algunos excomulgados, muertos en la excomunión y en las censuras, están inhumados en las iglesias.

La creencia de los nuevos griegos, que pretenden que los cuerpos de los excomulgados no se pudran en las tumbas, es una opinión que no tiene ningún fundamento, ni en la antigüedad, ni en la buena teología, ni incluso en la historia. Esta convicción parece no haber sido inventada por los nuevos griegos cismáticos, más que para autorizarse y afirmarse en su separación de la Iglesia Romana. La antigüedad cristiana creía, por el contrario, que la incorruptibilidad de un cuerpo era más bien una marca probable de la santidad de la persona, y una prueba de la protección particular de Dios sobre un cuerpo que ha sido durante su vida el templo del Espíritu Santo, y sobre

una persona que ha conservado en la justicia y la inocencia el carácter del cristianismo.

Los brucolacos de Grecia y del archipiélago son aún revinientes de una nueva especie. Apenas se persuade uno que una nación tan espiritual como Grecia haya podido dar con una idea tan extraordinaria como ésta. Es preciso que la ignorancia o la prevención sean extremas entre ellos, porque no ha habido ni eclesiástico ni ningún otro escritor, que se haya propuesto desengañarlos en esta materia.

La imaginación de los que creen que los muertos mastican en la tumba, y hacen un ruido más o menos semejante al que los cerdos hacen al comer, es tan ridícula que no merece ser seriamente refutada.

Me propongo tratar aquí el asunto de los revinientes o vampiros de Hungría, Moravia, Silesia y Polonia, aun con riesgo de ser criticado sea cual sea la manera en que yo me comporte: los que los creen verdaderos me acusarán de temeridad y de presunción, por haberlos puesto en duda, o incluso haber negado su existencia y su realidad; los otros me echarán en cara haber empleado el tiempo en tratar esta materia, que pasa por frívola e inútil en el espíritu de muchas gentes de buen sentido. De cualquier manera que se piense, yo me sentiré satisfecho de haber profundizado una cuestión que me ha parecido importante para la religión: pues si el retorno de los vampiros es real, importa defenderlo y probarlo; y si es ilusorio, es por tanto de interés de la religión desengañar a los que los creen verdaderos, y destruir un error que puede tener muy peligrosas consecuencias.



I

La resurrección de un muerto es obra únicamente de Dios

DESPUÉS DE HABER TRATADO en una disertación particular el asunto de las apariciones de los ángeles, de los demonios y de las almas separadas del cuerpo¹, la conexión de la materia me invita a hablar también de los revinientes, de los excomulgados que la tierra expulsa, según dicen, de su seno, de los vampiros de Hungría, de Silesia, de Bohemia, de Moravia y de Polonia, y de los brucolacos de Grecia. Referiré primero lo que de ellos se ha dicho y escrito; después sacaré algunas consecuencias, y alegaré las razones que se pueden dar a favor y en contra de su existencia y de su realidad.

Los revinientes de Hungría, o vampiros, que son el principal objeto de esta disertación, son unos hombres muertos desde hace un tiempo considerable, más o menos largo, que salen de sus tumbas y vienen a inquietar a los vivos, les chupan la sangre, se les aparecen, provocan estrépito en sus puertas y en sus casas, y, en fin, a menudo les causan la muerte. Se les da el nombre de vampiros o de upiros, que significa en eslavo, según dicen, sanguijuela. Uno no se libra de sus infestaciones más que desenterrándolos, cortándoles la cabeza, empalándolos, o quemándolos, o traspasándoles el corazón.

¹ Se refiere al *Tratado de las apariciones de los ángeles, de los demonios y de las almas de los difuntos*, que es el tomo I del *Tratado de las apariciones de los espíritus y de los vampiros*, del que la presente obra es el tomo II. (Las notas en romanos son del traductor.)

Se han propuesto varios sistemas para explicar el retorno y las apariciones de los vampiros. Algunos las han negado y rechazado como quiméricas, como un efecto de la prevención y de la ignorancia del pueblo de esos países en los que dicen que se aparecen.

Otros han creído que esas gentes no estaban realmente muertas, sino que habían sido enterradas vivas, y que volvían por sí mismas, naturalmente, y salían de sus tumbas.

Otros creen que esas gentes están realmente muertas del todo; pero que Dios, por un permiso o un mandato particular, les permite o les ordena regresar y volver a tomar por un tiempo su propio cuerpo; pues, cuando las desentierran, sus cuerpos están enteros, su sangre bermeja y fluida, y sus miembros flexibles y manejables.

Otros sostienen que es el demonio el que hace aparecer estos revinientes, y que hace por medio de ellos todo el mal que causan a los hombres y a los animales.

En el supuesto de que los vampiros resuciten verdaderamente, se puede formar al respecto una infinidad de dificultades. ¿Cómo se hace esta resurrección? ¿Se hace por las fuerzas del reviniente, por el retorno de su alma a su cuerpo? ¿Es un ángel o un demonio el que lo reanima? ¿Es por orden o permiso de Dios que resucita? Esta resurrección ¿es voluntaria de su parte y de su elección? ¿Es para mucho tiempo, como la de las personas a que Jesucristo ha vuelto a la vida, o la de las personas resucitadas por los profetas y por los apóstoles? ¿O es solamente momentánea y por pocos días o por pocas horas, como la resurrección que S. Estanislao operó en el señor que le había vendido un campo, o aquella de que se habla en la vida de S. Macario y de S. Espiridión, que hicieron hablar a unos muertos simplemente para que diesen testimonio de la verdad, y después los dejaron dormir en paz, a la espera del día del juicio final?

Desde el comienzo pongo por principio indubitable que la resurrección de un muerto verdaderamente muerto es efecto de la sola potencia de Dios. Ningún hombre puede ni resucitarse, ni devolver la vida a otro hombre, sin un visible milagro.

Jesucristo ha resucitado, como lo había prometido: lo ha hecho por su propia virtud; lo ha hecho con circunstancias completamente milagrosas. Si hubiese resucitado en seguida de que fue bajado de la cruz, habría podido creerse que no había muerto del todo, que quedaban todavía en él gérmenes de vida, que se hubiesen podido despertar, reanimándolo o dándole cordiales o cualquier cosa capaz de hacerle volver el espíritu.

Pero no resucita sino al tercer día. Por así decir, había sido muerto incluso después de su muerte, por la abertura que se le hizo en un costado con una lanza, que le atravesó hasta el corazón, y que le habría causado la muerte, si no hubiese estado para entonces fuera de poder recibirla.

Cuando resucitó a Lázaro¹, esperó a que hubiese pasado cuatro días en la tumba, y que comenzase a corromperse, lo que es la más segura marca de que un hombre está realmente difunto, sin esperanza de volver a la vida si no es de forma sobrenatural.

La resurrección que Job esperaba tan firmemente²; y la del hombre que resucitó al tocar el cuerpo del profeta Eliseo en su tumba³; y el hijo de la viuda de Sunam, al que el mismo Eliseo devolvió la vida⁴; el ejército de esqueletos, de que Ezequiel predijo la resurrección⁵, y que vio en espíritu realizarse a sus ojos, como un símbolo y un testimonio del regreso de los hebreos de la cautividad de Babilonia; en fin, todas las resurrecciones relatadas en los libros sagrados del Antiguo y del Nuevo Testamento, son efectos manifiestamente milagrosos y atribuidos a la sola omnipotencia de Dios. Ni los ángeles, ni los demonios, ni los hombres más santos y más favorecidos por Dios, podrían por sus propios medios devolver la vida a un hombre realmente muerto. No pueden hacerlo más que por la virtud de Dios, que, cuando lo juzga a propósito, es dueño de acordar esta gracia a sus oraciones y a su intersección.

¹ Juan II, 39.

² Job 21, 25.

³ 2 Reyes 13, 20-21.

⁴ 2 Reyes 4, 8-37.

⁵ Ezequiel 37, 1-10.



Ilustración para *Les Mémoires de Monsieur Claude* (1857).

Resurrecciones de gentes que no estaban verdaderamente muertas

LAS RESURRECCIONES de algunas personas dadas por muertas, y que no lo estaban, sino simplemente dormidas o sumidas en un estado letárgico; y de las tenidas por muertas, habiéndose ahogado, y que se han reanimado por los cuidados que se han tomado, por los remedios que se les han dado, o por la habilidad de los médicos; este tipo de personas no deben pasar por verdaderamente resucitados: no estaban muertos, o no lo estaban más que en apariencia.

Nos proponemos hablar aquí de otro tipo de resucitados, que llevaban enterrados algunas veces desde hacía varios meses, o incluso desde hacía varios años; que deberían haberse ahogado en la tumba, en el supuesto de que hubiesen sido enterrados vivos; y en los que se encuentran todavía signos de vida, la sangre líquida, las carnes enteras, bermejas y de buen color, los miembros flexibles y manejables. Estas gentes que vuelven al día o a la noche, perturban a los vivos, les chupan la sangre, los matan, se aparecen con sus vestidos a sus familias, se sientan a la mesa, y hacen mil otras cosas, después de las cuales regresan a sus tumbas, sin que se vea cómo han vuelto a entrar. Son una especie de resurrecciones momentáneas; pues, mientras que los muertos de que habla la Escritura han vivido, bebido, comido y conversado con los demás hombres después de su resurrección, como Lázaro, el hermano de María y de Marta⁶, y el hijo de la viuda de Sunam resucita-

⁶ Juan 12, 2.

do por Eliseo⁷, estos otros no aparecen más que durante cierto tiempo, en ciertas regiones, en ciertas circunstancias, y no se vuelven a aparecer una vez que se les ha empalado o quemado, o que se les ha cortado la cabeza.

Si esta última especie de resucitados no estuviesen realmente muertos, no habría de maravilloso en su retorno al mundo más que la manera como se hace, y las circunstancias que lo acompañan. Estos revinientes ¿se despiertan simplemente de su sueño, o recobran el sentido, como los que han sufrido un síncope o un desfallecimiento, y que al cabo de un cierto tiempo vuelven naturalmente en sí, cuando la sangre y la sensibilidad han vuelto a seguir su curso y su movimiento natural?

Pero ¿cómo salir de sus tumbas sin abrir la tierra, y cómo volver a entrar sin que se note? ¿Se han visto letargos, pasmos o síncope que duren años enteros? Si se pretende que sean verdaderas resurrecciones, ¿se han visto muertos que se resuciten a sí mismos y por sus propios medios?

Si no han resucitado por sí mismos, ¿es por virtud de Dios que han salido de sus tumbas? ¿Qué prueba hay de que Dios se haya mezclado en ello? ¿Cuál es el objeto de esas resurrecciones? ¿Se hacen para manifestar las obras de Dios en los vampiros? ¿Qué gloria le viene de ello a la divinidad?

Si no es Dios quien los saca de sus tumbas, ¿es un ángel, es un demonio, es su propia alma? ¿El alma separada del cuerpo puede volver a entrar en él cuando lo quiera, y darle una nueva vida, aunque solo sea por un cuarto de hora? ¿Pueden un ángel o un demonio devolverle la vida a un muerto? No sin duda, sin orden, o por lo menos sin el permiso de Dios. En otro lugar hemos examinado esta cuestión del poder natural de los ángeles y de los demonios sobre los cuerpos humanos, y hemos visto que ni la revelación ni la razón nos dan ninguna luz cierta sobre el asunto¹¹.

⁷ 2 Reyes 8, 5.

¹¹ En el capítulo XLVI, «Razonamientos sobre las apariciones», del tomo citado en n. 1.

3

Resurrección de un hombre enterrado hacía tres años, resucitado por San Estanislao

TODAS LAS VIDAS de santos están llenas de resurrecciones de muertos, con las que se podrían componer gruesos volúmenes.

Estas resurrecciones tienen una relación manifiesta con la materia que aquí tratamos, porque se trata de personas muertas, o tenidas por tales, que se aparecen en cuerpo y en alma a los vivos, y que viven después de la resurrección. Me contentaré con referir la historia de san Estanislao obispo de Cracovia, que resucitó a un hombre muerto desde hacía tres años, con circunstancias tan singulares y de una manera tan pública que la cosa está por encima de la más severa crítica; si es verdadera, debe ser considerada como uno de los más insignes milagros que se leen en la historia. Se alega que la vida del santo fue escrita en el tiempo de su martirio⁸, o poco tiempo después, por diferentes autores exactamente informados; pues el martirio del santo, y sobre todo la resurrección del muerto de que vamos a hablar, han sido vistos y conocidos por una infinidad de personas, por

⁸ Los RR. PP. Bolandistas han creído que la vida de san Estanislao que han hecho imprimir era antigua y aproximadamente del tiempo del martirio del santo, o por lo menos que estaba basada en una vida de un autor casi contemporáneo y original. Pero se me ha hecho notar desde la primera edición de esta disertación que la cosa no era de ningún modo cierta, que el señor Baillet al 7 de mayo, en la tabla crítica de los autores, alega que la vida de san Estanislao no fue escrita más que 400 años después de su muerte, a partir de memorias poco ciertas y mutiladas. Y en la vida del santo confiesa

toda la corte del rey Boleslao; y este acontecimiento habiendo tenido lugar en Polonia, donde los vampiros son frecuentes todavía hoy, concierne por este respecto más particularmente al asunto de que tratamos.

El obispo san Estanislao, habiendo comprado a un gentilhombre llamado Pedro una tierra situada sobre el Vístula, en el territorio de Lublin, en provecho de su iglesia de Cracovia, le pagó el precio al vendedor en presencia de testigos y con las solemnidades requeridas en el país, pero sin escrituras; pues entonces no se escrituraban sino muy raramente en Polonia estas compraventas, sino que se contentaban con testigos. Estanislao tomó posesión de esta tierra por la autoridad del rey, y su iglesia gozó apaciblemente de ella alrededor de tres años.

En el intervalo murió Pedro, el que la había vendido. El rey de Polonia Boleslao, que había concebido un odio implacable contra el santo obispo, que le había reprendido libremente sus excesos, buscando la ocasión de hacerle daño, incitó a los tres hijos y herederos de Pedro para que reclamasen la tierra que su padre había vendido, so pretexto de que no había sido pagada; les prometió apoyar su demanda, y hacer que recobrasen la tierra. Estos tres gentilhombres, en consecuencia, citaron al obispo en presencia del rey, que estaba entonces en Solec ocupado en impartir justicia en su tienda de campaña, según las antiguas costumbres del país, durante la asamblea general de la nación. Se citó al obispo delante del rey, y sostuvo que había comprado y pagado la tierra en disputa. Los testigos no se atrevieron a dar testimonio de la verdad. El lugar en que se celebraba la asamblea estaba muy cerca de Pietravin, que era el nombre de la tierra en discusión. El día comenzaba a ponerse, y el obispo corría gran riesgo de ser condenado por el rey y sus consejeros. De repente, como inspirado por el espíritu divino, prometió al rey llevarle en tres días a Pedro, su vendedor; la condición fue aceptada con burlas, como imposible de ejecutar.

que no se cuenta más que con la tradición de los escritores del país para hacer creíble la de la resurrección de Pedro. El señor abad Fleury, tom. XIII de la *Histoire eccles.*, I. 62., bajo el año 1079, no acepta tampoco lo que está escrito en esa vida ni lo que le ha seguido; sin embargo el milagro de la resurrección de Pedro está referido como cierto en un discurso de Juan de Polemac, pronunciado en el Concilio de Constanza del año 1433, tom. XII *Concil.*, pág. 1397.

El santo obispo se vuelve a Pietravin, donde permanece en oración y ayuno con los suyos durante los tres días. El tercero marcha en hábitos pontificales, acompañado del clero y de una multitud del pueblo, a la tumba de Pedro, hace levantar la lápida y cavar hasta que se encontró el cadáver del muerto descarnado ya y corrompido. El santo le ordena salir, para ir a dar testimonio de la verdad ante el tribunal del rey. Se levanta; se le cubre con un manto; el santo lo coge de la mano y lo lleva vivo a los pies del rey. Nadie tuvo la osadía de interrogarlo; pero él tomó la palabra, y declaró que había vendido de buena fe la tierra al prelado, y que había recibido el precio de ella; después de lo cual reprendió severamente a sus hijos, que habían acusado tan maliciosamente al santo obispo.

Estanislao le preguntó si deseaba permanecer en vida para hacer penitencia; él se lo agradeció, pero dijo que no quería exponerse de nuevo al riesgo de pecar. Estanislao lo condujo de nuevo a la tumba, habiendo llegado a la cual, se durmió de nuevo en el Señor. Se puede juzgar que una escena semejante tuvo infinidad de testigos, y que toda Polonia fue informada de ello al instante. El rey se irritó todavía más contra el santo. Lo mató algún tiempo después con su propia mano, cuando salía del altar, e hizo cortar su cuerpo en 72 partes, a fin de que no pudiesen reunirlos para darles el culto que les era debido, como al cuerpo de un mártir de la verdad y de la libertad pastoral.

Venimos ahora a lo que constituye la principal materia de estas investigaciones, que son los vampiros o revinientes de Hungría y de Moravia, y otros semejantes, que se aparecen solamente por poco tiempo en sus cuerpos naturales.



Ilustración de Gustave Doré
para *El infierno* de Dante.

Un hombre realmente muerto ¿puede aparecerse con su propio cuerpo?

SI LO QUE CUENTAN de los vampiros fuese cierto, la pregunta que aquí nos hacemos parecería frívola e inútil. Se respondería en seguida que se ve todos los días en Hungría, en Moravia y en Polonia a personas muertas y enterradas desde hace mucho tiempo, volver, aparecerse, atormentar a los hombres y los animales, chuparles la sangre, causarles la muerte.

Estas personas vuelven con sus propios cuerpos; se les ve, se les conoce, se les hace el proceso a resultas del cual los empalan, les cortan la cabeza, los queman. Es, pues, no solamente posible, sino muy cierto y real que se aparecen con sus propios cuerpos.

Se podría añadir, para apoyar esta creencia, que en la misma Escritura se encuentran ejemplos de estas apariciones: por ejemplo, en la transfiguración del Salvador, Elías y Moisés se aparecieron en el Tabor⁹ hablando con Jesucristo. Sabemos que Elías está aún con vida, no lo cito de ejemplo; pero, por lo que respecta a Moisés, su muerte no es dudosa, y sin embargo se aparece junto a Elías con su propio cuerpo hablando con Jesucristo. Los muertos que salieron de sus tumbas en la resurrección del Salvador¹⁰, y que se aparecieron a varias personas en Jerusalén, estaban en sus

⁹ Mateo 17, 3.

¹⁰ Mateo 27, 53.

sepulcros desde hacía varios años: su muerte no era dudosa; y sin embargo se aparecieron y dieron testimonio de la resurrección del Salvador.

Cuando Jeremías se apareció a Judas Macabeoⁱⁱ, y le puso en la mano una espada de oro, diciéndole: «Recibe esta espada como un don de Dios, con la cual triunfarás de los enemigos de mi pueblo Israel», fue al parecer este profeta en su propio cuerpo el que se le apareció y le hizo el presente, porque se le reconoció por su aspecto que era el profeta Jeremías.

No hablo de las personas realmente resucitadas por milagro, como el hijo de la viuda de Sunam resucitado por Eliseo; ni del muerto que, habiendo tocado el féretro del mismo profeta, se puso en pie y resucitó; ni de Lázaro, a quien Jesucristo devolvió la vida de tan milagrosa y sorprendente manera. Estas personas vivieron, bebieron, comieron, conversaron con los hombres después, como lo habían hecho antes de su muerte y resurrección.

No es por esta clase de personas por las que aquí nos preguntamos. Hablo, por ejemplo, del Pedro resucitado por Estanislao por unas horas, de las personas a que me he referido en el tratado de la aparición de los espíritusⁱⁱⁱ, que han aparecido, hablado y descubierto cosas ocultas, y cuya resurrección no ha sido sino momentánea y solamente para manifestar el poder de Dios, a fin de dar testimonio de la verdad y de la inocencia, o de sostener la creencia de la Iglesia contra herejes obstinados, como se leen diversos ejemplos.

San Martín, estando recién nombrado arzobispo de Tours, concibió cierta sospecha contra un altar que los predecesores obispos habían erigido a un presunto mártir, del que no se conocían ni el nombre ni la historia, y del que ninguno de los sacerdotes ni de los ministros de la capilla podían decir nada con certeza. Se abstuvo durante algún tiempo de ir a ese lugar, que no estaba por otra parte alejado de la ciudad. Hasta que un día se fue allí acompañado de un pequeño número de religiosos y, estando rezando, pidió a Dios que le diese a conocer quién era el que estaba enterrado en ese lugar. Entonces apareció a su izquierda un espectro horroroso e inmundoso; y,

ⁱⁱ 2 Macabeos 15, 14-15.

ⁱⁱⁱ Véase n. I.

habiéndole ordenado que le dijese quién era, el espectro le declaró su nombre, y le confesó que era un ladrón muerto por sus crímenes y violencias, y que no tenía nada en común con los mártires. Los que estaban presentes oyeron muy bien lo que decía, pero no lo vieron. San Martín hizo derribar la tumba, y curó al pueblo supersticioso de su ignorancia.

El filósofo Celso, escribiendo contra los cristianos, sostenía que las apariciones de Jesucristo a los apóstoles no eran reales, sino que eran simples sombras que se aparecían. Orígenes, volviendo contra él su razonamiento¹², le dijo que los paganos relatan diversas apariciones de Esculapio y de Apolo, al que ellos atribuyen el poder de predecir el porvenir. Si se admiten estas apariciones como reales, porque son atestiguadas por algunas personas, ¿por qué no reconocer por verdaderas las de Jesucristo, que son referidas por testigos oculares, y que son creídas por tantos millones de personas?

Relata a continuación esta historia. Aristeas, que era de una de las mejores familias de Proconeso, habiendo un día entrado en la tienda de un batanero, murió allí súbitamente. El batanero, luego de haber bien cerrado la puerta, corrió rápidamente a advertir a los padres del muerto; pero, como la noticia se había expandido en seguida por toda la ciudad, un hombre de Cícico, que venía de Ártace, aseguró que esto no podía ser, porque él se había encontrado con Aristeas en el camino de Cícico y había hablado con él, lo que sostuvo firmemente delante de todo el pueblo de Proconeso.

En esto llegan los padres a casa del batanero con todo lo necesario para llevarse el cuerpo; pero, habiendo entrado en la casa, no encuentran por ningún lado a Aristeas ni muerto ni vivo. Siete años después fue visto de nuevo en Proconeso, y allí hizo los versos que llaman arimaspeos, y desapareció después por segunda vez. Es lo que se cuenta en esas ciudades.

Trescientos cuarenta años después de este acontecimiento, el mismo Aristeas fue visto en Metaponto en Italia, y ordenó a los metapontinos que edificasen un altar a Apolo, y alzasen muy cerca una estatua en honor de Aristeas de Proconeso, añadiendo que eran los únicos de todos los pueblos de Italia que Apolo hubiese honrado con su presencia; y que, por lo que a

¹² Orígenes, *Contra Celsum*, lib. I, pág. 123-124.

él se refería, que había acompañado a ese dios bajo la figura de un cuervo; y, habiéndoles así hablado, desapareció.

Los metapontinos enviaron a consultar sobre esta aparición al oráculo de Delfos, que les dijo que siguiesen el consejo que Aristeas les había



Ernst Barlach, *La danza de la muerte 4* (1924).

dado, y que así se encontrarían bien. En efecto, elevaron una estatua a Apolo, que se veía todavía en la época de Heródoto¹³, y al mismo tiempo otra estatua a Aristeas, que se veía en un bosquecillo de laureles, que estaba en medio de la plaza pública de Metaponto. Celso no veía ninguna dificultad en creer todo esto bajo palabra de Heródoto y de Píndaro; y rehusaba creer lo que los cristianos enseñaban de los milagros de Jesucristo narrados en el Evangelio, y sellados con la sangre de los mártires. Orígenes añade: ¿cuál habría podido ser el designio de la providencia, al hacer por este proconesio los milagros de que acabamos de hablar? ¿Qué fruto habría querido ella que los

hombres sacasen de ellos? Mientras que lo que los cristianos cuentan de Jesucristo se ha hecho para confirmar una doctrina salvadora del género humano. Hay, pues, que rechazar como fabulosa la historia de Aristeas, o atribuir todo lo que se cuenta en ella a las operaciones del espíritu maligno.

¹³ Heródoto, lib. 4.